

La coronación imperial de Bolonia y el final de la «vía flamenca» (1526-1530)

José Martínez Millán
Manuel Rivero Rodríguez
Universidad Autónoma de Madrid

En las Navidades de 1525-1526 se publicó en Cesena, en la imprenta de Hieronimo Soncino, la tercera edición de *La Mandrágora*, la corrosiva comedia de Nicolás Maquiavelo. Quien patrocinó y corrió con los gastos de la edición fue Francesco Guicciardini, buen amigo del polémico publicista, que proyectaba hacer una representación de la obra en Módena pocos días antes del Carnaval. Necesitaba que su amigo le ayudara en los preparativos, urgiéndole a que dejara por unos días su querida Florencia y se acogiese a su hospitalidad en Faenza, el lugar desde donde ejercía el puesto de gobernador de Romaña, al servicio del papa Clemente VII. Ambos amigos, en su correspondencia, se ocupaban de los detalles de la representación, o bien de asuntos particulares, mostrando un interés episódico y casi distraído sobre la política italiana, que ejemplifica bien el clima de sosiego existente después de la derrota francesa en Pavía. Aquel episodio había dado fin, abruptamente, a la primera guerra entre Francisco I y Carlos V, sucediendo al bullicio de las armas una extraña calma, un compás de espera o paréntesis que permitía dedicarse al ocio y olvidar, momentáneamente, los negocios de Estado. Adormecidas las «cosas públicas», era tiempo de pensar en «comedias», aunque Guicciardini prevenía a Niccolò de lo engañoso de aquella tranquilidad: «no hemos suspendido menos los cerebros que las armas»¹.

La representación de *La Mandrágora* no llegó a tener lugar. ¿Quién iba a pensar que el Emperador —«amo de la situación»— iba a tirar a la basura la ventaja adquirida sobre sus adversarios?, ¿quien podía pensar que —no más tarde de un mes— iba a reanudarse la guerra? El 3 de enero, escribió Maquiavelo que sólo la enfermedad o un cataclismo impedirían su viaje a Faenza; poco le preocupaban las «cosas públicas»

¹ Francesco Guicciardini a Nicolás Maquiavelo, Faenza, 26 de diciembre de 1525, MAQUIAVELO, N., *Epistolario, 1512-1527*, México, 1990, pp. 303-304.

y mucho la contratación de músicos adecuados o la inclusión de nuevas canciones en los entreactos de su comedia. Cuál no sería su sorpresa cuando, tres días después, el Papa llamó a Guicciardini a Roma, haciéndole abandonar la gobernación de Romagna para que fuera a representarle en las conversaciones que habían de conducir a la constitución de la Liga de Cognac. Se había acabado el tiempo de la comedia, no había lugar para dedicar tiempo y energía al teatro ².

Maquiavelo y Guicciardini ni eran ignorantes ni legos en política. Eran dos observadores experimentados y a los que muy pocas cosas les podían coger desprevenidos. Aunque en sus cartas cruzadas se hacían continuos recordatorios sobre la fragilidad de la paz alcanzada y de la proximidad de la guerra, no pensaban que los acontecimientos fueran a precipitar un estallido bélico tan inminente ³. A juicio de ambos, la paz, o mejor dicho, el reposo momentáneo de las armas, duraría mientras Francisco I estuviera en manos de Carlos V y éste utilizara su ventaja para consolidar su situación (por lo que cabía suponer un prolongado cautiverio del Valois). Por tanto, no dieron crédito a las primeras noticias que llegaron a sus oídos: «todas las razones que puedan alegarse no salvan al Emperador de haber sido torpe (...) sería loco el Emperador de volver a poner en Italia a quien hubiera sacado de ella, para que después lo corra a él». Pero Carlos V mostró no ser Fernando el Católico y por tanto no se comportó con la fría racionalidad que cabría esperar de un verdadero *Príncipe* ⁴.

Un buen número de especialistas coinciden en que los dos más afamados «políticos» de su tiempo se equivocaron en sus previsiones y análisis en torno a las consecuencias de Pavía, aunque, cuando Italia se precipitó en la pendiente de la catástrofe de 1527 fueron sus más finos comentaristas ⁵. La causa de su inicial desconcierto quizá estuviera, a nuestro entender, en que los dos amigos interpretaron sustancialmente la política imperial como una prolongación de la política «española». Básicamente consideraban que Carlos V era una duplicación de su abuelo, Fernando el Católico, como Francisco I lo era de Luis XII ⁶. Ambos habían minusvalorado los cambios que desde 1522 habían hecho que la política imperial dejase de ser propiamente «española».

² «La causa del penar mío fue que, pareciéndome que se había hecho la paz, creía yo que vos estaríais pronto de regreso en Romaña...», Maquiavelo a Guicciardini, Florencia, 15 de marzo de 1526, MAQUIAVELO, N., *Epistolario...*, op. cit., p. 310.

³ CHABOD, F., «Acerca de *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo», *Escritos sobre Maquiavelo*, México, 1984, pp. 101-106.

⁴ Maquiavelo a Guicciardini, Florencia, 15 de marzo de 1526, MAQUIAVELO, N., *Epistolario...*, op. cit., pp. 310-313.

⁵ VIROLI, M., *La sonrisa de Maquiavelo*, Barcelona, 2000, pp. 279-290; GRANADA, M. A., *Maquiavelo*, Barcelona, 1981, pp. 93-94; SKINNER, Q., *Maquiavelo*, Madrid, 1984, pp. 108-110; BARINCOU, E., *Maquiavelo*, Barcelona, 1989, pp. 122-136.

⁶ DIEZ DEL CORRAL, L., op. cit., pp. 216-218.

Entre Borgoña y Francia

En agosto de 1526 Francesco Vettori había advertido a Maquiavelo que los españoles no tenían peso en la confección de la política de Carlos V, la cual partía de un estrecho círculo de consejeros flamencos que dominaban la voluntad del Emperador⁷. A pesar del tiempo transcurrido desde la guerra de las Comunidades, y en contra de lo que algunos sostienen respecto a la hispanización del soberano, para los observadores foráneos los españoles brillaban por su ausencia en el círculo íntimo del Emperador, lo cual en lo que se refiere a Italia era muy notable. Bien lo sabía el embajador polaco Dantisco, quien por representar los intereses de la reina Bona, duquesa de Bari, conocía muy bien quién tenía poder en lo que afectaba a Italia, señalando al virrey de Nápoles Charles de Lannoy: «Es admirable que el Emperador se adelante a tomar ninguna decisión en contra de las disposiciones suyas: el señor Canciller (Gattinara) afirma que está hechizado por él»⁸.

La influencia creciente de los borgoñones y sus clientes comenzó a hacerse notar en 1522 tras la muerte del virrey de Nápoles, Ramón Folch de Cardona, monopolizando la política de Estado al menos hasta el año 1527⁹. Esta singular influencia sirve, a nuestro juicio, para explicar la obstinación de Carlos V por buscar a cualquier precio la concordia con Francisco I, y no puede atribuirse a ingenuidad, estupidez o un exacerbado sentido caballeresco el sacrificio de las ventajas obtenidas en el campo de batalla a cambio de la paz. Por tal motivo, para comprender el sorprendente tratado de Madrid hay que echar la vista atrás y contemplar la cautela y el poco entusiasmo con que a partir de 1519 se avanzó en la rotura con la Casa de Valois. Los consejeros del joven soberano se esforzaron por mantener una relación cordial con la Corte francesa, a pesar incluso de que la aspiración común a la corona imperial hacía que ésta fuera muy poco viable¹⁰.

El tratado de Noyon suscrito en 1516, diseñado por Guillermo de Croy, marcó un modelo de concordia del que por imperativo de las acciones hostiles de Francisco I hubo de desmarcarse. En los primeros años del reinado, dicha concordia significaba, entre otras cosas, imprimir un cambio radical con respecto a la línea seguida en Nápoles e Italia por Fernando el Católico, significaba, paradójicamente el abandono de los apoyos

⁷ Florencia, 5 de agosto de 1526, MAQUIAVELO, N., *Epistolario...*, p. 346.

⁸ Juan Dantisco a la reina Bona, Valladolid, 6 de mayo de 1527, FONTAN, A., y AXER, J., *Espanoles y polacos en la Corte de Carlos V*, Madrid, 1994, pp. 195-196.

⁹ Carlos Hernando lo ha calificado como «vía flamenca» que enmarca entre los años 1522 y 1530, coincidiendo con los virreyes Lannoy y Orange, *vid.* HERNANDO SÁNCHEZ, C., «El reino de Nápoles y el dominio de Italia en el Imperio de Carlos V», y GARCÍA, B., *El Imperio de Carlos V Procesos de agregación y conflictos*, Madrid, 2000, pp. 111-118.

¹⁰ CHABOD, F., *Carlos V y su Imperio*, México, 1992, p. 118.

tradicionales del monarca español, un acercamiento a la parte güelfa y, en lo que concierne al *Regno*, utilizar la clientela «angioina» desplazando al partido «aragonés» (de cuya lealtad se dudaba). Ramón de Cardona, virrey de Nápoles y garante de la continuidad del sistema fernandino, hubo de imponerse sobre los flamencos para preservar la herencia del monarca aragonés.

Cardona, vencedor indiscutible del *tour de force* con la Corte de Bruselas, empleó la revuelta de Sicilia contra Moncada (cliente de Croy) como barómetro para medir la fuerza de cada parte y hacer entrar en razón a los flamencos que, a regañadientes, lo confirmaron como virrey y toleraron la continuidad de su política «española»¹¹. En lo que afecta al concierto italiano, dicha continuidad implicó el mantenimiento del amplio despliegue preventivo que requería la protección de las «dos Sicilias». Un dispositivo militar y diplomático articulado en el Norte de Italia, cuyo fin era impedir la presencia francesa en Lombardía al tiempo que se tenía sujeto al Papa, encerrado en el centro de la península¹².

Esta visión de la situación italiana no era compartida por los consejeros flamencos del séquito del joven Emperador que tenían una visión muy distinta de las cosas, pues pensaban que era posible y deseable alcanzar la concordia con la Casa de Valois. La sorprendente elección de Adriano de Utrecht al pontificado no cabe duda de que entraba dentro de unos propósitos de paz y concordia meditados por el círculo de consejeros borgoñones de Carlos V, su extraña elección corresponde a la necesidad de llevar adelante unos postulados básicos para conducir al éxito el proyecto erasmista de los flamencos, radicado en la paz y concordia universales. Las tres objeciones planteadas por el cardenal Petrucci (que Adriano estaba ausente, que desconocía Italia y que era un servidor incondicional del Emperador) pronto se despejaron por la proclamada equidistancia del nuevo pontífice, dicha actitud se ha explicado posteriormente como un revés a las intenciones de dominio del Emperador, pero no parece tal (según se desprende de las observaciones de Pedro Mártir de Anglería) y los únicos ofendidos por esta neutralidad fueron españoles e italianos. Por eso, para efectuar sus cambios, el Papa hizo *tabula rasa*, se rodeó de individuos tan legos como él en política italiana, tan ajenos como él a la curia y tan extraños como él a la tradición; sus colaboradores, lógicamente, procedían de los Países Bajos (entre los que fue invitado el mismísimo Erasmo) y del servicio de la Casa de Borgoña¹³. Su célebre recriminación a los responsables del *Sacco* de Génova negándose a bendecirlos pronunciando la frase «non posso, non devo, non

¹¹ GALASSO, G., *Mezzogiorno medievale e moderno*, Torino, 1975, pp. 147-155, y CERNIGLIARO, A., *Sovranità e feudo nel regno di Napoli, 1505-1557*, Napoli, 1983, I, pp. 81-91.

¹² DOUSSINAGE, J. M., *La política internacional de Fernando el Católico*, Madrid, 1944, pp. 675-681, DIEZ DEL CORRAL, L., *El pensamiento político europeo y la Monarquía de España*, Madrid, 1983, pp. 61-73.

¹³ CARANDE, R., «El sorprendido y sorprendente Adriano VI, Papa», *Otros siete estudios de Historia de España*, Barcelona, 1978, pp. 81-107.

voglio» suponía el acto inaugural del proyecto erasmista, con un sonoro desprecio a la política «española» ¹⁴.

No es nuestro objeto hacer un estudio o valoración de las reformas de Adriano VI, pero sí nos parece pertinente indicar que éstas se efectuaron en consonancia con la renovación operada en la Corte imperial a partir de la primavera de 1522 ¹⁵. A nuestro juicio, el nombramiento de Charles de Lannoy como sustituto de Cardona al frente del virreinato de Nápoles supuso un espaldarazo al pontífice e hizo que las condiciones de éxito de su empresa fueran óptimas, no cabe duda que en la ofensiva diplomática de Lannoy efectuada en el otoño de 1522 Roma jugó un papel importante, como lo atestigua el periplo del embajador Lope de Soria ¹⁶. Sólo la feroz hostilidad francesa hacía imposible todo acuerdo y la guerra llevó a la guerra, el propio pontífice se convenció de ello cuando Francisco I cruzó de nuevo los Alpes en el otoño de 1523, aunque su fallecimiento nos hace imposible saber si a pesar de todo hubiera perseverado en su pacifismo ¹⁷.

La tendencia de un sector importante de la élite flamenca a buscar un acomodo con los Valois venía de los lazos existentes entre los Países Bajos y el reino de Francia, pues una gran parte de dichos territorios mantenía vínculos de vasallaje con aquél (que persistieron hasta la paz de Cambrai de 1529). Los principales consejeros de confianza de Carlos V, que engrosaron su Consejo hasta bien avanzada la década de 1520, procedían de las principales casas y linajes borgoñones del área «francesa», cuyo liderazgo lo ostentaba la Casa de Croy. Esta nobleza se hallaba muy vinculada a casas y linajes franceses, así la vinculación entre la Casa de Croy y la de Albret (desposeída por Fernando el Católico del reino de Navarra) hacía difícilmente prorrogable la política fernandina. Obviamente este grupo trataba de concitar la concordia y las relaciones amistosas entre sus señores, tratando de hacer conciliables sus vínculos con ambos. Por ello, las líneas básicas de su actuación tienen como punto de partida emblemático el tratado de Noyon y, como filosofía de fondo, las ideas erasmistas de reivindicación de la paz como bien supremo ¹⁸.

La muerte del señor de Chièvres en 1521 no supuso, en principio, un cambio cualitativo de las líneas maestras de la política imperial, y la jefatura detentada por Charles

¹⁴ CHASTEL, A., *El Saco de Roma, 1527*, Madrid, 1998, pp. 251-255; LEVA, G. di, *Storia documentata di Carlo V in correlazione all'Italia*, Venezia, 1863, II, p. 142.

¹⁵ La política italiana de Adriano VI está bosquejada a grandes trazos por BRANDI, K., *Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial*, México, 1993, pp. 156-162.

¹⁶ PIZARRO LLORENTE, H., «Un embajador de Carlos V en Italia: Don Lope de Soria», MARTÍNEZ MILLÁN (dir.), *Carlos V: La quiebra del humanismo político* (en este mismo congreso).

¹⁷ «Ha muerto una buena persona, no tan apto para sobrellevar la carga del pontificado cuanto dispuesto a la práctica de las santas costumbres», Pedro Mártir al marqués de los Vélez, 31 de octubre de 1523, CODOIN, XI, p. 329.

¹⁸ FAGEL, R., «Un heredero entre tutores y regentes. Casa y Corte de Margarita de Austria y Carlos de Luxemburgo, 1506-1516», y MARTÍNEZ MILLÁN, J., *La Corte de Carlos V*, Madrid, 2000, I.

de Lannoy en Italia era buena muestra de la continuidad de las casas «francesas» en los puestos clave de toma de decisiones¹⁹. Pese a la guerra, a los flamencos les hubiera gustado un cambio de actitud de Francisco I, a quien estaban deseosos de dar crédito²⁰, sus iniciativas estaban muy lejos de satisfacer la ventaja «española» en el concierto italiano, como se percibió en la manera titubeante de abordar el problema de Milán²¹, y carecían de decisión para determinarse a romper el equilibrio italiano y reemplazarlo por la hegemonía imperial²². Por eso, los agentes extranjeros seguían percibiendo la situación de los flamencos en el Consejo como privilegiada con respecto a los súbditos y vasallos procedentes de otros territorios del patrimonio de Carlos V e incluso la única voz discrepante en el Consejo, el Gran Canciller Gattinara «degli spagnuoli è poco amico», según informara en 1525 el embajador veneciano Gaspare Contarini²³.

Como señalamos, dentro del círculo privado del Emperador sólo el Gran Canciller Gattinara mantenía una posición duramente hostil a Francisco I, siendo contrario a toda transacción, pues estaba convencido de que las aspiraciones de la Monarquía de Francia la hacían enemiga natural del Emperador, disputándole el *Imperium*²⁴. A su juicio, al ser imposible la coexistencia de ambos imperios, era precisa una derrota total

¹⁹ HALKIN, L., y DANSART, G., *Charles de Lannoy. Vice-Roi de Naples*, París, 1935, pp. 57-97.

²⁰ Mercurino Arborio de Gattinara a su sobrino Giovanni Bartolomeo, Burgos 11 de julio de 1524, ASV, FAG, mazzo 7.

²¹ Martín de Salinas al infante, Toledo, 13 de enero de 1526, RODRIGUEZ VILLA, A., *op. cit.*, núm. 128, pp. 470-473.

²² Pedro Mártir de Anglería, a este respecto, veía que se desperdiciaban las ventajas por excesiva blandura con el francés, 13 de marzo de 1525, CODOIN, XI, pp. 394-396.

²³ CLARETTA, G., *op. cit.*, p. 70.

²⁴ Tras concluir las Cortes de Zaragoza de 1518, Gattinara se expresó con claridad respecto a ceder al rey de Francia el Imperio, siendo muy crítico con las veleidades conciliatorias de los flamencos: «solus Mercurinus horum erroneum consilium ostendit (se refiere al rechazo del cetro imperial patrocinado por algunos cortesanos), ea sola ratione quod imperii titulus ad universum orbem consequendum iustissimus censeretur, tamquam ab ipso deo ordinatus, a prophetis predictus, ab apostolis predicatus et ab ipso Christo Redemptore nostro, nascente, vivente ac moriente, verbis ac operibus, approbatus constaret. (...) At si id negligeretur, posse huiusmodi imperium ad gallos defferri, qui talem occasionem nequaquam renuerent, sed ad eam totis viribus annhellerent, taliaque cum ipso imperio moliri possent, quod, deficiente Maximiliano Cesare, Carolus ipse rex Catholicus nec dominia Austriace burgundianeque successionis nec ipsa hispaniarum regna conservare posset» (BORNATE, C., «Historia vite et gestorum per dominum magnum cancellarium», *Miscellanea di Storia Italiana*, núm. 48, Torino, 1915, p. 272; *Vita del Gran Cancelliere Mercurino*, fols. 28-29, ASV, FAG, mazzo 3). Gattinara se hallaba muy familiarizado con la *mythistoire* francesa en torno a Carlomagno y la vocación imperial de la Casa Valois, él mismo se había cuidado de refutar la aspiración francesa a la *Monarchia Universalis* en un documento elevado al Emperador, tal vez en 1525, titulado «*peroratio totius operis*» (ASV, FAG, mazzo 3). La Casa de Valois había aspirado a dicha posición imperial desde 1494, manifestándose sus aspiraciones a liderar y reformar la cristiandad con el lema acuñado bajo Luis XII, «Ung Dieu, Ung Roy, une Foy, une Loy». Vid. AUBALLY, J. C., «L'image du prince dans le théâtre de Gringore», DUFOURNET, J.; FIORATO, A., y REDONDO, A. (eds.), *Le pouvoir monarchique et ses supports idéologiques aux XVII^e-XVIII^e siècles*, París, 1990, p. 175; ZELLER, G., «Les rois de France candidats à l'Empire», *Aspects de la politique française sous l'Ancien Régime*, París, 1964, pp. 80-81; APOSTOLIDES, J. M., *Le roi-machine. Spectacle et politique au temps de Louis XIV*, París, 1981, pp. 66-72.

del rey de Francia, pues de lo contrario era el dominio de Carlos V el que desaparecería. Sus ideas, como informara Contarini, chocaban en el entorno borgoñón del soberano, que no compartía ni comprendía su visión de la *Monarchia Universalis*, por lo que el Gran Canciller siempre se hallaba alerta temiendo cualquier veleidad en favor de Francisco I por parte de alguno de los miembros del Consejo. En el verano de 1521, cuando se desplazó a Calais para negociar la paz con los franceses, temió muy seriamente que su ausencia de la Corte llevase a que a sus espaldas se hiciese cambiar de opinión a Carlos V y se firmase una mala paz²⁵. Asimismo, cuando Adriano de Utrecht fue elegido Papa fue muy pesimista en cuanto a las ventajas que pudiera ofrecer este pontífice de hechura imperial. A cualquier observador que desconozca el trasfondo del Consejo del Emperador le puede parecer absurda, cuando no inconveniente, la perorata anti-francesa que recibió el nuevo Papa de su ex pupilo el 7 de marzo de 1522. Resulta chocante que quien había detentado la máxima confianza de Carlos V al frente de la compleja y difícilísima regencia de España necesitase que se le pusiese en guardia respecto a «las cosas bellas que (los franceses) habrán hecho bailar ante vuestros ojos». Pero la carta del Emperador, como muchos entendieron, hablaba por otra persona obsesionada por las inclinaciones erasmistas del de Utrecht y su disposición a la concordia como era el Gran Canciller Mercurino Arborio di Gattinara²⁶.

Mientras la guerra marcara las relaciones entre los dos soberanos, la concordia era imposible por muy buena que fuera la voluntad y los deseos de la élite flamenca, no obstante, la victoria de Pavía pudo hacer creer en una paz cordial y duradera. Ni que decir tiene que los más funestos presagios del Gran Canciller y de los «españoles» se confirmaron, Lannoy iba a dejar escapar una oportunidad de oro para dar fin a las guerras de Italia²⁷. Cabe pensar que el virrey de Nápoles creía ciegamente en las leyes de la caballería y en la voluntad del rey de Francia por alcanzar la concordia empeñando su honor. Sorprende (como les sorprendió a Maquiavelo y a Guicciardini) tanta ingenuidad si no fuera porque Francisco I sabía muy bien que sus actos satisfacían perfectamente la necesidad de otorgarle crédito por parte de las élites de los Países Bajos, y a este encanto sucumbió el propio Carlos V. Es importante resaltar que entre los capítulos de la paz tuvieron una importancia sustancial el compromiso de Francisco I

²⁵ Sobre las negociaciones de Calais el Gran Canciller escribió un diálogo que remitió al Emperador, en él, quienes defendían la paz estaban personificados con los pecados capitales y la guerra por los mandamientos de la ley de Dios, con este recurso pretendía impresionar a Carlos V para que no escuchase los argumentos conciliadores. *Vid.* BORNATE, C., *op. cit.*, p. 266; *Vita...*, doc. cit., fol. 38. Se conserva el original del diálogo en el archivo provincial de Gante (*vid.* BORNATE, *ibid.*, nota 3). Ha sido publicado por WEISS, C., *Papiers d'Etat du Cardinal de Granvelle*, París, 1844, I, pp. 125-241. Recientemente lo ha publicado KOHLER, A. (*Quellen zur Geschichte Karls V Ausgewählte Quellen zur deutschen Geschichte der Neuzeit*, vol. 15, Darmstadt, 1990, doc. núm. 18, pp. 81-87), quien ofrece un resumen en *Carlos V, 1500-1558. Una biografía*, Madrid, 2000, pp. 163-167.

²⁶ BORNATE, C., *op. cit.*, p. 289; KOHLER, A., *op. cit.*, p. 170; BRANDI, K., *op. cit.*, pp. 16-127.

²⁷ Traslado hecho por Bartolomeo Gattinara de las consideraciones escritas por Mercurino Arborio al Emperador tocantes a la prisión de Francisco I, ASV, FAG, mazzo 8.

para respetar los dominios y propiedades que poseían en suelo francés las casas de Orange, Nassau, Croy, Fiennes y Vergy. Asimismo, los dispositivos para garantizar la concordia fueron muy débiles, se creyó suficiente para anudar los intereses de ambos soberanos recurrir a enlaces dinásticos y llevar a cabo conjuntamente una Cruzada²⁸. Como es sabido, Gattinara se negó a estampar su firma en semejante documento, pues era un profundo error pensar que era posible el acuerdo entre ambas monarquías dado que la supervivencia de una requería la sumisión de la otra. Asimismo, el empeño por conciliar ambas casas podía provocar daños irreparables a la Casa de Habsburgo, los flamencos, por medio de Lannoy, habían abierto el camino para la sucesión de los Valois, ni Carlos V ni su hermano Fernando tenían herederos, el Imperio podría caer en manos de un vástago del rey de Francia y la infanta Leonor. Dicho esto, el Gran Canciller, burlonamente, describió en sus memorias los incumplimientos de Francisco I y los desesperados intentos de Lannoy por salvar el tratado de Madrid, viajando a Francia para convencerle de que cumpliera su palabra, y sostuvo que el fracaso vino de tener «piu cura alla privata utilità che al bene pubblico»²⁹.

Dos políticas imperiales diferentes bajo un mismo Emperador

El fracaso de la Paz de Madrid arruinó la «vía flamenca», forzando al Emperador a considerar otras opciones. Había poco donde elegir: Alemania, y los súbditos alemanes, tenían una muy escasa presencia en el séquito carolino, mucho más influyente era el grupo de consejeros españoles que acompañaban al soberano, cuya concepción de la política italiana, además, partía de nociones muy sólidas. Asimismo, el Gran Canciller Gattinara, único vestigio del círculo de antiguos servidores de Maximiliano I, tenía también ideas propias que recogían parte de la línea seguida por este y conocía muy bien las líneas maestras de la política francesa en Italia. El ostensible alejamiento del Gran Canciller con respecto a dicho tratado le permitió tender puentes hacia los cortesanos españoles e ir articulando una alternativa.

En esta estrategia cobró un papel primordial la utilización de Erasmo³⁰, Gattinara explotó las características propias del erasmismo español, muy diferente del neerlandés, que ponía el acento en la crítica anticurial. Si entendemos que el Roterodamense basaba

²⁸ Por si cupieran dudas se establecía el compromiso de restituir a todos los señores y prelados despojados por servir al Emperador; Tratado de Madrid, firmado el 15 de enero de 1526, AHN, E, Leg. 2976, núm. 9. BRANDI, K., *op. cit.*, pp. 183-184.

²⁹ *Vita del Gran Cancelliere Mercurino*, fols. 59-66, ASV, FAG, mazzo 3.

³⁰ El 1 de octubre de 1526 Gattinara escribió una larga carta a Erasmo en la que le refería cómo a su juicio la cristiandad se hallaba dividida en tres partidos, los papistas, los luteranos, y un tercero, equidistante entre ambos, que buscaba sólo la gloria de Dios, la salvación y la condena del mal. En este grupo incluía a todos los hombres de buena voluntad, en el que ambos estaban, un espacio de consenso desde el que habría de partir la restauración de la cristiandad, CAPELLINO, M., «Mercurino Arborio di Gattinara tra gioa-

su «ideario político» en la *Philosophia Christi* y por tanto en un pacifismo a ultranza, nos encontramos con que Gattinara y los erasmistas españoles dejan a un lado esa vertiente para politizar su discurso moral de costumbres. Gattinara aprovecha la necesidad de protección del filósofo holandés, víctima de las invectivas de luteranos y católicos, que ha de cobijarse a la sombra del poder imperial para utilizarlo ³¹. Erasmo, tácitamente transigió con esta «interpretación» de sus ideas, aunque, pese a todo, no admitirá la manipulación extrema de su pensamiento y la pretensión de Gattinara de construir sobre él un gibelinismo de nuevo cuño ³².

No obstante, en la Corte imperial existían fuertes tensiones internas, pues el Emperador se resistía a retirar su confianza de sus viejos servidores y amigos borgoñones. A su vez, se veía obligado por las circunstancias a aceptar y escuchar las alternativas a la fracasada vía flamenca, dando lugar a decisiones confusas y contradictorias, que posibilitaron que Nápoles y Milán se constituyeran en centros directrices de la política imperial, independientes y aun opuestos. Es decir, por una parte se hallaba el condestable de Borbón, gobernador de Milán, favorecido por el Gran Canciller, y por otra don Hugo de Moncada, lugarteniente de Lannoy en Nápoles y cliente suyo.

Lannoy y Moncada encarnaban el punto de vista «flamenco», según el cual debía desarrollarse una política de concertación con la Santa Sede, política que comenzó a estructurarse en el pontificado de León X, que se perfiló con Adriano VI y que se creyó plausible con Clemente VII (a pesar de su notoria hostilidad a jugar ese papel); frente a esta postura, Gattinara había abogado por una relación con el papado mucho menos contemporizadora, rechazando la concertación, abogaba por hacer la autoridad papal subsidiaria a la del Emperador, sólo así sería posible la Reforma, el Concilio y la resolución de los graves problemas que atravesaba la cristiandad. En resumen, mientras que Lannoy se hallaba más cercano al fondo de los postulados erasmistas, que defendían la cooperación entre las esferas temporal y espiritual, Gattinara y Borbón hacían gala de una visión mucho más realista, que pudiera entenderse como neogibelina,

chinismo ed erasmismo», *Mercurino Arborio di Gattinara Gran Cancelliere di Carlo V. Atti del Convegno di Studi Storici* (Gattinara, 4-5 ottobre 1980), Vercelli, 1982, p. 35.

³¹ BATAILLON, M., *Erasmus...*, op. cit., pp. 226-236. Coincidimos con este autor en que el Gran Canciller agrupó a los erasmistas de la Corte bajo su tutela, pero no en el sentido que le atribuye: «Se diría que descubre una profunda analogía entre la lucha que él está capitaneando y la del anciano filósofo obligado a hacer frente a un mismo tiempo a los papistas intransigentes y a los luteranos irreductibles» (p. 230). Gattinara era también anciano, conocía desde más de una década al roterodamense y su obra por lo que es difícil creer en su tardía y súbita conversión y menos en la ingenuidad de sus afinidades idealistas.

³² Gattinara propuso a Erasmo entre febrero y marzo de 1527 la edición del *De Monarchia* de Dante, oferta que éste declinó, advirtiendo del peligro de ir por este camino a la tiranía universal, vid. CAPELLINO, M., op. cit., pp. 35-6; BOSBACH, F., op. cit., pp. 48-51; HEADLEY, H. M., op. cit., p. 111. Sobre Erasmo y sus relaciones con los miembros de la Cancillería vid. BATAILLON, M., «Erasmo et la chancellerie imperiale», *Bulletin Hispanique*, 26 (1924), p. 29.

en la que el poder espiritual habría de seguir al temporal ³³. Así, la hegemonía en Italia (perseguida por Fernando el Católico para preservar la posesión de los reinos de Nápoles y Sicilia) se adecua al gibelinismo auspiciado por el Canciller, que incluye en su programa la Reforma de la Iglesia por medio de la celebración de un Concilio Universal tutelado por el Emperador, en su calidad de *Monarca Universal*.

Mientras tenía lugar la guerra entre el Emperador y la Liga de Cognac, la tensión entre los consejeros fue agudizándose y condujo a que, en abril de 1527, el Gran Canciller pidiese licencia y se inhibiese de participar en el Consejo ³⁴. Hasta ese momento, a lo largo del año de 1526 las contradicciones existentes en el Consejo imperial se proyectaron con fuerza en el curso de los acontecimientos militares y diplomáticos. La noche del 19 de septiembre una fuerza imperial, al mando de Moncada y los Colonna, entró en Roma y saqueó parcialmente la ciudad. La victoria obtenida no se usó para someter al Papa, sino para hacer que corrigiese su política, firmando con él una tregua de cuatro meses con el compromiso de iniciar conversaciones de paz ³⁵. Dicha acción fue seguida atentamente desde la Corte ³⁶, regresando Lannoy a Italia para llevar a buen término la tregua que el 16 de marzo de 1527, mediante un acuerdo entre el virrey y Clemente VII se prolongaba otros ocho meses que se convertiría en paz formal con la satisfacción de diversos pagos y reposiciones ³⁷. Sin embargo, el 29 Borbón cruzó el Po y avanzó hacia la Italia central sin encontrar resistencia. Entre quienes contem-

³³ Sobre la afinidad Borbón-Gattinara y la común hostilidad a Lannoy y los «flamencos», *vid.* BORNATE, C., *op. cit.*, p. 345, n. 2. Asimismo HALKIN, L. E., y DANSART, G., *op. cit.*, p. 114; SCHULZ, H., *Der «Sacco di Roma», Karls V Truppen im Rom, 1527-1528*, Halle, 1894, p. 92. En cuanto a las tendencias erasmistas, resulta curioso observar que, mientras en lo personal hay un acercamiento entre Erasmo y Gattinara, en lo político el Gran Canciller está elaborando un discurso de guerra utilizando una serie de ideas, el «erasmismo», que en origen estaban articuladas en torno a un discurso de paz, por lo tanto es una afinidad circunstancial, inexistente un año antes, siendo consciente el propio Erasmo de cómo se travestían sus ideas y argumentos (*vid.* BATAILLON, M., *Erasmo...*, *op. cit.*, p. 228). Lannoy, por el contrario, procedía de la Corte de Borgoña, amigo y colaborador de Jean le Sauvage, se halló en el círculo de consejeros flamencos que acogió e introdujo al roterodamense en el Consejo imperial en 1515, detrás del discurso pacifista hubo una inequívoca filia francesa, y no debe ignorarse que las iniciativas políticas del virrey de Nápoles tendieron siempre a una actitud condescendiente en la que buscaba la recuperación del espíritu de la paz de Noyon y la armonía con la Casa de Valois, *vid.* HALKIN, L. E., y DANSART, G., *op. cit.*, p. 36; HENNE, A., *Histoire du regne de Charles Quint en Belgique*, vol. II, Bruxelles, 1858, p. 350.

³⁴ Andrea Navagero al Senado de Venecia, Sevilla, 9 de abril de 1526, BORNATE, C., *op. cit.*, p. 484.

³⁵ El secretario Pérez al Emperador, Roma, 23 de septiembre de 1526, RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias...*, *op. cit.*, pp. 27-28 (original en RAH. Col. Salazar A-38).

³⁶ HOOK, J., «Clement VII, the Colonna and Charles V: A study of the political instability of Italy in the second and third decades of the sixteenth century», *European Studies Review*, 2 (1972), pp. 293-294.

³⁷ «Conviene pues que esa paz se trate con quienes tienen para ello autoridad del Emperador, que no creo que sea Borbón ni ninguno de esos capitanes de aquí, sino el Virrey y don Hugo», Nicolás Maquiavelo a los Ocho de la práctica, Módena, 2 de diciembre de 1526, MAQUIAVELO, N., *Epistolario...*, *op. cit.*, p. 377. El 16 de marzo de 1527 el abad de Nájera informaba al Emperador de la tregua firmada con Clemente VII: «el Visorrey verná aquí según dicen y entonces se hará lo que más conviniere al servicio de V. M.». Más adelante, el 22 de dicho mes, volvía a escribir: «Y está aquí S. S. esperando con deseo al visorrey, que

plaban estupefactos el curso de los acontecimientos se hallaban Nicolás Maquiavelo y Francesco Guicciardini que, olvidados los proyectos lúdicos, se intercambiaban continuamente impresiones para escudriñar el significado de la política imperial. Atónitos ante la insólita ignorancia del Borbón respecto a lo acordado por Lannoy, sólo se podía pensar en la malignidad casi diabólica de un Emperador dispuesto a arrasar Italia³⁸. Pero, al margen de la indignación y la impotencia italianas, cabía deducir que ambos jefes se comportaban como si fueran servidores de dos Estados diferentes, lo que uno hiciera no le concernía al otro y viceversa³⁹.

A pesar de todo, el gibelinismo o la aspiración a la Monarquía Universal no entraban dentro de los planes del Emperador. La tregua negociada con el Papa le hacía confiar en una pronta paz⁴⁰. Sin embargo, el condestable de Borbón tenía una visión muy distinta, no le interesaba la concertación si quería conservar el dominio sobre Milán y utilizaba el descontento de las tropas y su afán de botín para ignorar la tregua, exigiendo un rescate cuyo pago era imposible. Sería llevar las cosas al extremo decir que compartía el ideario de Gattinara⁴¹, el cual abandonó el servicio al Emperador en abril, pero sí que aprovechó en su favor la existencia en la Corte imperial de un amplio sector crítico con la política efectuada por los «flamencos» en Italia, que abogaba por una solución definitiva de la guerra y de las diferencias con la Santa Sede por medio de una victoria total⁴². Desde la óptica española, continuadora de la política fernandina, el norte era irrenunciable para conservar el sur, y mucho podía temerse que Lannoy prefiriera sacrificar Lombardía en aras de la paz. De ahí la paradoja de que «una tregua que se firma en Roma y que se viola en Lombardía» mantuviese inalterable la estructura de los mandos imperiales, sin ceses ni amonestaciones⁴³.

será aquí a los 23 o 25 deste, y créese que se concertará lo concertado y aun se harán otras cosas que convengan al servicio de Dios y de S. S. y de V. M.», RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias...*, *op. cit.*, pp. 72-73.

³⁸ VIROLI, M., *op. cit.*, pp. 291-307.

³⁹ Cartas de Nicolás Maquiavelo a Francesco Vettori, Forlì, 5 y 14 de abril de 1527, MAQUIAVELO, N., *Epistolario...*, *op. cit.*, pp. 419-420 y 429. En Venecia se creía que Borbón y Lannoy se hallaban concertados en secreto y que las diferencias de criterio eran pura comedia (Alonso Sánchez al Emperador, Venecia, 24 de abril de 1527, RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias...*, *op. cit.*, p. 92).

⁴⁰ El Emperador al secretario Pérez, Valladolid, 11 de febrero de 1527, RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias...*, *op. cit.*, pp. 63-64.

⁴¹ Pero existía una cierta vinculación entre ambos, véase «Memoria de Juan Bartolomé Gattinara, regente del Consejo de Aragón, sobre los negocios del príncipe de Borbón», s. d., ¿1524?, BRT, MSI, núm. 75, 1-8.

⁴² Halkin y Dansaert indican la existencia de diferencias notables entre Borbón y Lannoy, incluso de odio personal, las cuales vertebraban dos partidos diferenciados (*op. cit.*, pp. 113-116). Diferencia que Vettori simplificó en carta a Maquiavelo, comentando la fortuna del Emperador, quien, pese a ignorar a los españoles y confiar sólo en los flamencos, no había hallado resistencia ni contestación: «La dicha fortuna es la causa de que todos los españoles anden adivinando como exaltarlos, mientras él por otro lado se gobierna en España en todo y por todo como quieren los flamencos, y les quita todo lo que puede a dichos españoles para dárselo a los flamencos», Florencia, 5 de agosto de 1526, MAQUIAVELO, N., *Epistolario...*, *op. cit.*, p. 346.

⁴³ Nicolás Maquiavelo a Francesco Vettori, Forlì, 14 de abril de 1527, MAQUIAVELO, N., *Epistolario...*, *op. cit.*, p. 429.

Carlos V no se atrevió a desautorizar la vía «gibelina-española», de modo que tanto Lannoy como Borbón seguían un mandato emanado desde la Corte, que dejó que discurriesen dos iniciativas imperiales contradictorias, dejando que el tiempo dictara cuál de las dos vías era más conveniente para la satisfacción de sus intereses ⁴⁴. El Papa y los italianos quedaron perplejos y confundidos, pues creyeron que la autoridad imperial descansaba en una sola persona que hablaba por él y fueron víctimas del «troppo fidarsi in quello che aveva capitolato con il signor vicerè di Napoli» ⁴⁵. Así, Lannoy sólo tuvo noticia del desacuerdo del Emperador con respecto a lo capitulado con el Papa unos días después de producirse la toma de la ciudad por parte de las tropas del condestable de Borbón ⁴⁶. Confirma nuestra hipótesis una carta de Carlos V a Borbón escrita cuando aún se ignoraba la muerte del condestable y suponía que había cumplido con éxito su misión:

Mon bon cousin, je ne scay au vray ce que vous auez faïct avec le Pape depuis votre entrée a Rome... Mais ce que je desire le plus, ce seroit une bonne paix, et espere que vous garderez bien d'être trompé et tiendrez main, si faire se peult, avec bonne assurance, que le Pape prenne la peyne de venir jusques icy pour entendre au faict de la paix universelle ⁴⁷.

La construcción de una nueva política imperial: el significado de Bolonia

El brutal saqueo de Roma, iniciado tras el asalto de la ciudad el 6 de mayo de 1527 (y en el cual falleció Borbón), provocó por fuerza un cambio radical de planteamientos. Las dimensiones casi apocalípticas del acontecimiento dejaron anonadados

⁴⁴ Según Judith Hook existía un acuerdo tácito para incumplir la tregua, razón por la cual Moncada renunció a participar en la campaña, para no tener que romper la palabra dada al pontífice. Según esta autora había un plan alternativo de Lannoy y el linaje Colonna para apoderarse de Roma, independiente del condestable de Borbón, lo cual indicaría que la inhibición de los coloneses y el ejército del virrey no vendría dada por el respeto a la tregua, sino por esperar al curso de los acontecimientos para intervenir (art. cit., pp. 296-299)

⁴⁵ Giovanni Bartolomeo Gattinara al Emperador, Roma, 8 de junio de 1527, RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias...*, op. cit., pp. 186-187.

⁴⁶ El 12 de mayo escribía el Emperador al virrey que no consideraba válida la tregua: «Et combien n'avons receu lettres de sa Sainteté ny estre requis par le nuncie ny aultre de sa part de rattiffier ladite tresve et que d'icelle ne nous a esté envoyer aucune copie originale comme en tal cas est accoustumé fère, aussi que la dite tresve n'est pas bonne per nous», HALKIN, L. E., y DASAERT, G., op. cit., doc. CXXI, pp. 319-320.

⁴⁷ El Emperador al condestable de Borbón, 6 de junio de 1527, RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias...*, op. cit., pp. 202-203. Rodríguez Villa fecha el documento a 7 de julio, lo cual contradice su afirmación de que la carta fue escrita desconociendo la muerte de Borbón, debemos suponer que se trata de una errata, pues él mismo indica que la Corte estaba perfectamente enterada de todo a fines de junio, otra posibilidad es que la carta no fuera dirigida al condestable, pero esto no concordaría con las instrucciones dadas a Lannoy el 30 de junio y el 21 de julio, que se verán más adelante.

a todos. «No sé qué diga ni a qué lo compare, que, excepto la destrucción de Jerusalén, no creo que haya acontecido otra cosa igual a ésta», escribió el abad de Nájera ⁴⁸. Durante nueve meses, el saqueo y la devastación de la ciudad sólo se vio interrumpido brevemente a fines de agosto, cuando se declaró una epidemia de peste. En todo ese tiempo la cristiandad estuvo sin guía. El Papa, vicario de Cristo, que el 7 de junio se entregó al virrey de Nápoles, había enmudecido. Europa, conmocionada, esperaba con ansiedad el desenlace de una situación anómala que sumía en la incertidumbre el futuro de la Santa Sede y, con ella, de la Iglesia. La actitud críptica del Emperador respecto a sus planes incrementó la zozobra, ¿qué futuro le deparaba al papado? ⁴⁹. Bartolomeo Gattinara, sobrino del Gran Canciller, le escribió preguntándole si quería dejar que existiese alguna forma de sede apostólica o si preparaba otros planes ⁵⁰.

La Corte imperial tardó en responder a los interrogantes. La muerte del condestable desarticuló la nueva vía abierta en la política italiana, al tiempo que la «vía flamenca» era objeto de una última reconsideración. Provisionalmente, el vacío fue rellenado por Lannoy, reunificando el mando; le fueron transferidos los poderes de Borbón y concentró en sus manos el mando militar de todas las fuerzas imperiales (incluida Sicilia) «pour les forcer (a florentinos, venecianos y genoveses) de venir à quelque bonne raison et pacifier entièrement l'Italie». Es decir, las primeras disposiciones de Carlos V se dirigieron a resolver la coyuntura con una solución militar, al tiempo que lo político se delegaba en el buen criterio del virrey: «mais nous avons cela réservé a vous pour en user (los plenos poderes para negociar la paz) comme dit est à notre réputation et sehurté selon la parfète fyance que avons de vous» ⁵¹.

⁴⁸ El abad de Nájera al Emperador, escrita en la semana posterior al 6 de mayo de 1527, RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias...*, op. cit., pp. 134-141.

⁴⁹ Este estado de ánimo lo reflejaba el propio pontífice en una apresurada *Bulla Clementis PP. VII de electione futuri pont. occur.te. eius obitu ante suam liberatione*, autógrafo, redactada en su prisión del castillo de Sant'Angelo el 10 de julio de 1527, se encuentra entre papeles que pertenecieron a Gattinara, BRT, MSI-75, fol. 583.

⁵⁰ «Aspettiamo una diligente provisione da Vostra Maestà, cioè, in sapere come Vostra Maestà intende che si governi la città di Roma, e se in detta città ha da essere alcuna forma di sede apostolica, o no. Io non lascierò l'opinioni d'alcuni servitori di Vostra Maestà, la quale è che in tutto non si doveria levare la sede apostolica in Roma: perchè, se il re di Francia farà un patriarca nel suo regno, e negarà l'obbedienza alla detta sede apostolica; e così farà il re d'Inghilterra et ogn'altro principe cristiano. Ben pareva alli detti servitori della Maestà Vostra che si deve tenere la detta sede bassa, che sempre Vostra Maestà ne possa disporre e comandare; e che la provisione si fecesse con molta prestezza, perchè se non si fa in questo principio, gli officiale e ciaschedun curiale abbandonerà Roma e si ridurrà a niente, perchè si perderanno gli offizi e la pratica. Il papa con gli cardinali che sono dentro Castello, mi hanno detto che Vostra Maestà doveria a questo provedere, perchè pensano che Vostra Maestà non voglia che la sede apostolica si perda del tutto. Così dicono gli cardinali quali sono in Roma, ma vostra Maestà proverà meglio che gli parerà», Giovanni Bartolomeo Gattinara al Emperador, Roma, 8 de junio de 1527, RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias...*, op. cit., pp. 193-194.

⁵¹ Instrucción del Emperador a Charles de Lannoy, Valladolid, 30 de junio de 1527, HALKIN, L. E., y DANSART, G., op. cit., doc. CXXII, pp. 321-324.

Pero la vía flamenca estaba enterrada y había agotado todas sus posibilidades. La situación italiana estaba estancada de tal manera que el Emperador se impacientó, la única alternativa era asumir él mismo las riendas y dirigirse a Italia⁵². El 23 de septiembre, víctima de la peste, falleció Lannoy, ahora Carlos V se veía obligado a afrontar en solitario la resolución de la crisis; ahora necesitaba consejos y consejeros para salir de una situación que, aparentemente, nadie sabía cómo resolver, era el momento de los españoles y del Gran Canciller Gattinara⁵³. Había que estudiar con mucha cautela lo que se debía de hacer y Gattinara presentó una solución de consenso, que no era nueva, pues ya la había perfilado desde un año antes (por lo menos), y que estaba en relación con su acercamiento a Erasmo de Rotterdam.

Para Gattinara, lo inmediato era tranquilizar a los príncipes de la cristiandad despejando todo temor «di mover le arme contro di lui» y justificar la acción:

Che egli non haveva prese le armi contra il Pastore ma contra un rapaci turbatore et assaltore della Christianità, per sua necessaria difesa et di suoi; et como contra un falso Pontefice scandaloso, incorregibile, perturbatore di tutto il Stato et religione Christiana il quale haveva sempre biasmato il general consiglio spesse volte chiamato et richiesto.

Sin embargo, como el Gran Canciller no estaba seguro de lo que quería el Emperador se le ocurría otra respuesta que también dejó en sus manos:

⁵² En julio el Emperador se había impacientado por el inmovilismo con que se actuaba en Roma, por no decir parálisis, y se temía que esto repercutiera negativamente en su prestigio, instó a la Corte de Nápoles a obrar con mayor diligencia en la consecución de una *bonne paix*. Quizá leyese el pensamiento de sus ministros y capitanes de Italia, los cuales manifestaban que algo de tan gran envergadura debía ser resuelto personalmente por Carlos V, por lo que se adelantó a esa crítica con una vaga excusa: «Il est vrai que quant ceste nouvelle de Rome et detention du pape nous vint, cogneusmes et cognoissons bien encores que le vray remede estoit si eussions l'appareil prest, de partir incontinent pous aller baiser les mains et pieds de sa Sainteté, le mettre en sa pleine liberté et de notre main le restituer en son siège, mais pour ce qu'il y a icy bien maigres et debiles aprestes, comme nostre dit vice-roy le peult bien penser et que vous le savez, et ne sommes point asseuré de ce que pourrions trouver par déla, mesmement de quelle ayde et service aurions en tel cas, soit de vaisseaux de mer ou de somme d'argent de noz royaumes de Naples et de Séville, nous fault pour ces causes conformer avec l'impossibilité de ne pouvoir tant promptement passer ce voyage d'Italie que bien voudrions. Toutesfois vous direz à notre visroy le grand desir que y avons»; Instrucción a Pierre de Verey de lo que debe comunicar al virrey de Nápoles, Valladolid, 21 de julio de 1527, HALKIN, L. E., y DANAERT, G., *op. cit.*, doc. CXXIII, pp. 324-327.

⁵³ Alfonso de Valdés a Juan Dantisco, Palencia, 7 de octubre de 1527, FONTÁN, A., y AXER, J., *op. cit.*, pp. 206-207. El Gran Canciller indica en sus memorias que fue llamado para resolver la situación (*Vita del Gran Cancelliere Mercurino*, fols. 89-90. ASV, FAG, mazzo 3), Martín de Salinas sin embargo daba otra versión: «La carta del Chanciller fue escusada por respecto quel era partido, como yo lo escribí a V. A.; y aquí se tiene nueva ser arribado a Monago, y por sus letras se conoce que ha mudado propósito después de la muerte de Borbón y saco de Roma; porque certificadamente habla en su tornada y creo le cumple así, aunque dudo dexe de estar en continua querella, y no muy en la gracia de S. M.», RODRÍGUEZ VILLA, A., *El emperador...*, *op. cit.*, doc. 154, p. 27.

Overo si Cesare non volesse abbracciar questo rigore ne approvar i fatti de suoi, ch'ì avvisassi i Principi con lettere che mal volonterieri sopportava l'avenimento di tal caso tentato senza colpa d'esso Cesare et egli desiderava che si metesse fine a quelle guerre et incendi' con una pace generale et che per incaminar tal pace richiedeva fosse convocato un Concilio general al giudicio del quale si rimettersero per decidir tutte le contese et querele tanto temporale chi ecclesiastiche.

En tanto se acordaba el Concilio, previsto en los dos supuestos, el Emperador debía viajar a Italia para ganar honor y reputación, reemplazando a los fallecidos Lannoy y Borbón por sí mismo, por su propia Majestad para, una vez allí, reorganizar las cosas de Italia y de la cristiandad ⁵⁴.

La solución discurrida por Gattinara era ingeniosa y atrevida. Fundía todos los puntos de vista aportados por la tradición con respecto a Italia. Adoptaba como propia la visión italiana, tradicionalmente esgrimida por la Santa Sede como justificación de su poder temporal, al ofrecer una imagen pacífica, donde el Emperador, con su viaje a la península, se presentaría no como invasor o dominador sino como protector ⁵⁵, actitud que después sería saludada y aplaudida desde quienes, muy poco antes, habían defendido el poder temporal de la Iglesia como único fiel de la balanza italiana y única garantía de paz:

Sosegadas así las armas casi por toda Italia por los infelices sucesos de la gente francesa, los pensamientos de los mayores príncipes estaban inclinados a los acuerdos; de los cuales el primero que sucedió fue el del Papa con el Emperador, que se hizo en Barcelona, muy favorable para el Papa, o porque el Emperador, deseosísimo de pasar a Italia, procurase quitarse los embarazos, pareciéndole que por este respeto tenía necesidad del Papa y de su amistad, o queriendo con capítulos muy favorables darles mayor causa para olvidar las ofensas recibidas de sus ministros y su ejército ⁵⁶.

Asimismo, el Gran Canciller recuperó e hizo propia la tradición hispana: Milán era prioritario. Esto puede parecer sorprendente, pero entre los cortesanos españoles se concedió una importancia secundaria al *Sacco*, ocupando el primer plano de los debates la muerte del condestable de Borbón y sus consecuencias. Parece lógico que así lo percibiese Martín de Salinas, agente del archiduque don Fernando, que reclamaba el

⁵⁴ *Vita del Gran Cancelliere Mercurino*, fols. 90-92. ASV, FAG, marzo 3.

⁵⁵ Véase por ejemplo la carta escrita desde Venecia por Pietro Aretino al Emperador el 20 de mayo de 1527; ARETINO, P., *op. cit.*, I, pp. 119-121

⁵⁶ GUICCIARDINI, F., *Historia de Italia donde se escriben todas las cosas sucedidas desde el año de 1494 hasta el de 1532* (traducida del italiano por don Felipe IV, rey de España), VI, Madrid, 1890, p. 287. Sobre el cambio de opinión de Guicciardini, admitiendo la llegada del Emperador a Italia, DIEZ DEL CORRAL, L., *El pensamiento político europeo y la monarquía de España*, Madrid, 1983, pp. 218-220. KNECHT, R. J., *Renaissance Warrior and Patron. The Reign of Francis I*, pp. 283-285.

ducado para sí⁵⁷. Pero Gattinara fue también muy incisivo en esta cuestión, como relata Salinas:

El Canciller ha escripto a S. M. le será bien que diese el dicho Ducado al Príncipe nuestro señor (Felipe había nacido el 21 de mayo 1527). V. A. puede considerar con qué fin da tan buen parecer: negocio es que en él andan todas las tramas y astucias que hombres pueden pensar⁵⁸.

Por su parte, el abad de Nájera —a su vuelta de Italia— escribía al Emperador:

También recuerdo y suplico a V. M. que no disponga del Estado de Milán como lo tenía el duque de Borbón fasta que, plaziendo a Dios, nuestro señor, venga en Italia que y vea cuán importante pieça para ser señor de toda ella, como va ordenando Dios⁵⁹.

De alguna manera, prevalecía la visión que de Italia se tenía en España, es decir, Nápoles y Sicilia constituían el centro de sus preocupaciones, lo demás los circundaba y sólo se percibían como importantes los «estados» del norte en cuanto protección de los territorios del sur⁶⁰.

Por último, se trató de enlazar el *Sacco*, fortuito o no, con un ambiente de esperanza y confianza en la apertura de un proceso de regeneración de la Iglesia⁶¹. Astutamente Gattinara así lo quiso dar a entender por medio de su secretario personal Alfonso de Valdés, al que autorizó a difundir un vibrante alegato en defensa del Emperador, el *Diálogo entre Lactancio y un arcediano*, de marcado sabor erasmista pero que no olvidaba unas pinceladas escatológicas del gusto de su patrono, marcando la apertura de un

⁵⁷ Martín de Salinas escribía al archiduque: «V. A., en diligencia escribiese a S. M., suplicándole se acordase dél en dalle el Estado de Milán que tanto importa para su servicio. Podría S. M., descuidarse dello con pensamiento de habelle dado Dios tan grandes Estados y estar con ellos tan embarazado»; en la carta siguiente, el propio Salinas se atrevía a realizar la petición del ducado de Milán para don Fernando, a lo que respondió Carlos V «que él contentaría a Vuestra Alteza». En todas las cartas de Martín de Salinas se hace mención a Milán, cfr. RODRÍGUEZ VILLA, A., *El emperador Carlos V y su Corte*, vol. 44, pp. 25, 142-143, 149, 152-153 y 245.

⁵⁸ ¿17 de mayo?, RODRÍGUEZ VILLA, A., *El emperador...*, *ibid.*, doc. 145, p. 25.

⁵⁹ Carta fechada el 27 de mayo 1527, citada por RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias para la historia del asalto a Roma*, p. 134. PASTOR, L., X, pp. 17 y ss.

⁶⁰ GALASSO, G., «La crisi italiana e il sistema politico europeo nella prima metà del secolo XVI», *Dalla «libertà d'Italia alle «preponderanze straniere»*», Napoli, 1997, pp. 34-36.

⁶¹ «Todos tienen por cierto que esto ha sucedido por juicio de Dios», escribían a Alfonso de Valdés desde Roma. RODRÍGUEZ VILLA, A., *Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma en 1527 por el ejército imperial*, Madrid, 1875, pp. 186 y 254. VALDÉS, A. de, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, MONTESINOS, J. F. (ed.), Madrid, 1956: «Y lo primero que haré será mostraros cómo el Emperador ninguna culpa tiene en lo que en Roma se ha hecho. Y lo segundo, cómo todo lo que ha acaecido ha sido por manifiesto juicio de Dios, para castigar aquella ciudad, donde con grande inominia de la religión cristiana, reinaban todos los vicios que la malicia de los hombres podía inventar» (p. 14).

tiempo de renovación y esperanza: «Jesucristo formó la Iglesia y el emperador Carlo Quinto la restauró»⁶². El ambiente de febril actividad propagandística de la Cancillería, la difusión de copias manuscritas del diálogo de Valdés⁶³ y la invitación a personas afines para mover una corriente de opinión favorable a la renovación tenían como finalidad arrojar un cambio que se quería presentar como trascendente⁶⁴.

Utilizando la *Querella pacis* de Erasmo, Alfonso de Valdés escribió una «obra de circunstancias»⁶⁵ en la que planteaba la cuestión de los derechos y deberes del Papa en materia política porque el debate era precisamente entre el Emperador y el pontífice. En el fondo de lo que trataba era de la significación del papado. Misión del Papa era continuar la obra de Cristo y encarnar el espíritu evangélico, sin embargo, se dedicaba a la guerra, por lo que correspondía al Emperador, de acuerdo a la interpretación medieval, asumir y realizar la tarea de reforma. La alianza del papado con el rey francés incitó a muchos autores de la época a que Carlos V empuñase las armas, incluso, contra el propio pontífice⁶⁶. Pero sobre todo, lo contenido en dicho texto de Erasmo, propagado en Castilla por sus seguidores, justificaba la política europea del Emperador y le daba argumentos para solicitar los subsidios a las Cortes, alegando que si no luchaba contra el infiel, lo que constituía el objetivo de los reinos peninsulares, era por la guerra que le hacían los propios príncipes cristianos y por la animadversión que le tenía el pontífice. De esta manera, el Emperador aparecía como el defensor de la fe, al que le correspondía, por tanto, la definitiva liquidación del asunto de Lutero y, dada la pasividad del pontífice, la reforma de la cristiandad. La paz a la que aspiraba el Emperador era universal y tenía en la realidad de los hechos un sentido defensivo basado en la hegemonía que gozaba de hecho⁶⁷.

La esperanza de una paz universal, unida al espíritu de concordia erasmista, si bien la creyeron cercana personajes como Luis Vives⁶⁸ no figuraba entre los planes de la vía imperial que se estaba inaugurando. El erasmismo servía como justificación, pero no como soporte de una nueva política. El tratado de Barcelona bien poco tenía que ver con dichas expectativas, en él se pospuso el Concilio y se adoptó una solución

⁶² Valdés fue secretario privado del gran canciller y como tal figura en los libros de su Casa, al menos entre 1526 y 1530, «Reportorio delle persone che sono in casa (de Mercurino Arborio di Gattinara)», ASV, FAG, mazzo 8, 12 folios. Sobre esta obra *vid.* los prólogos y estudios críticos de Rosa Navarro Durán (*Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, Madrid, 1994, pp. 15-28, el texto citado en p. 234) y de J. Fernández Montesinos (Madrid, 1946, pp. li-bxiii —el texto en pp. 154-155—).

⁶³ Valdés a Dantisco, Toledo, 14 de febrero de 1529, FONTÁN, A., y AXER, J., *op. cit.*, p. 217

⁶⁴ Se invitó a Dantisco, en nombre del canciller, a escribir al Emperador un alegato sobre la necesidad de convocar el Concilio; Dantisco al rey Segismundo, 17 agosto 1527, *ibid.*, p. 204.

⁶⁵ VIAN HERRERO, A., *El diálogo de Lactancio y un arcidiano de Alfonso de Valdés: obra de circunstancias y diálogo literario*, Toulouse, 1994, pp. 42-47.

⁶⁶ Véanse algunas de estas cartas en BNM, ms. 1751, fols. 277-285.

⁶⁷ SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses, protestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V*, Granada, 1995, pp. 70-71 (edic. facsímil con estudio preliminar de J. L. Castellano).

⁶⁸ ARCO Y GARAY, R., *La idea de Imperio en la política y la literatura españolas*, Madrid, 1944, p. 157

política, ni el Emperador actuó como Monarca Universal ni el Papa como pastor, fue un arreglo entre las casas de Habsburgo y Médicis. Las esperanzas de reforma se vieron truncadas por el realismo con el que procedió el Emperador en la liquidación de la guerra y la construcción de la paz. La paz de Cambray (5 de agosto de 1529) alejó aún más la perspectiva de un nuevo orden, no fue sino una transacción y acuerdo sobre viejas disputas dinásticas entre las casas de Habsburgo y Valois ⁶⁹

La paz de Cambray, en palabras de Sandoval, «humilló los ánimos inquietos de Italia y otras partes, que por ser poco poderosos, faltándole el arrimo de Francia, no se atrevieron a tratar más de las armas» ⁷⁰. Todo ello rebajó la unanimidad en torno al viaje a Italia, pues había razones para considerar que ya no acuciaba la necesidad de poner orden en la cristiandad, la *real politik* operada en los años 1528 y 1529 se había encargado de devolver las aguas a su cauce. Esta división de criterios la reconoció el propio soberano: «Muchos de aquellos con quien yo he platicado este gran negocio me han aconsejado que vaya, y otros, por el contrario, me han dicho que no vaya» ⁷¹. En la Corte de Castilla, por ejemplo, Juan Tavera se manifestaba contrario a esta tendencia ⁷², mientras que el duque de Alba era partidario de la política italiana ⁷³, mientras que Margarita de Habsburgo le apremiaba a realizarlo en condiciones de total seguridad

⁶⁹ Los acuerdos de dicha paz en SANDOVAL, P. de, *Historia de la vida y hechos del Emperador*, 3 vols., Madrid, 1956, II, pp. 339-354. También se encuentran manuscritos en BNM, ms. 982; ms. 1009, fols. 319r-351r.

⁷⁰ SANDOVAL, P. de, *Historia de la vida y hechos del Emperador*, II, p. 357.

⁷¹ SANTA CRUZ, II, pp. 456 y 453-454: «Y como en este tiempo viese el Emperador que las cosas de Italia estaban más sosegadas, le tomó gran deseo de pasar en ella a coronarse, y no obstante el demasiado deseo que para ello tenía, le provocaban a ello muchos, principalmente Mercurio de Gatinaria, gran Canciller, y fray García de Loaysa, obispo de Osmá, diciéndole la gran gloria y honra que sacaría de la jornada, aunque algunos no dejaban de murmurar que no lo hacía tanto por la coronación de su Majestad cuanto por los capelos de cardenales que ellos tenían por cierto que el papa les daría, como después aconteció. Muchos otros caballeros aconsejaban al Emperador que no pasase ni hiciese dicho viaje, poniéndole delante cómo estaba muy gastado de las guerras pasadas y que todavía tenía el Rey de Francia y el duque Francisco Sforzia y venecianos muy grande ejército en Italia (...). Otros (...) le decían cómo su Majestad no tenía más de un hijo y que debía de esperar a que Nuestro Señor le diese otro (...); y asimismo le ponían delante los alborotos pasados de las Comunidades y que como hubiese muchos señores poderosos en España y descontentos, que podría ser que no fuese obedecido en Italia y que se levantasen en España (...). Pero esto no fue parte para quitarle de su propósito, y para esto envió a Mr. De Monfort, privado suyo, al Rey de Hungría, su hermano, haciéndole saber cómo estaba determinado de pasar a Italia a coronarse como habían hecho sus antepasados (...) y otros dos privados dichos Mr. De Beur y Mr. De Balanson envió a Italia y Lombardía a que diesen parte de su ida al Príncipe de Orange y al capitán Antonio de Leiva para que éstos, como hombres expertos en las cosas de la guerra, le escribiesen los inconvenientes (...). También dio Su Majestad parte de su ida al capitán Andrea Doria, el cual respondió (...) que hasta ser desecho el ejército de la liga no debería emprender aquella jornada.»

⁷² CHABOD, F., *Carlos V y su Imperio*, Madrid, 1992, pp. 119-124, y *Lo Stato di Milano nell'imperio di Carlo V*, p. 35. Esta división de pareceres evolucionó hasta la disyuntiva planteada en la paz de Crèpy, en 1544, *id.*, «Milán o los Países Bajos...? Las discusiones en España sobre la "alternativa" de 1544», *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada, 1958, pp. 331-372.

y una vez confirmado el cumplimiento de los tratados de paz⁷⁴. Este ambiente hizo que el Emperador hubiera de reafirmar su propósito y expresar, con meridiana claridad, la finalidad del viaje, según nos transmite el cronista Santa Cruz:

y acerca de esta mi ida yo lo tengo platicado con muchos de mis privados y lo he escrito a algunos fuera de España y encomendado a muchos amigos de Dios, y muchas horas me he desvelado sobre ello, y con todo yo estoy determinado de hacerla, y *no bastará a apartarme de ella ningún parecer y consejo (...)*. Razones para ir: no es por «quererme coronar», sino: 1) «*Es para procurar y trabajar con el papa que celebre un general concilio en Italia o en Alemania para desarraigar las herejías y reformar la Iglesia*». 2) «*Es también mi intención de pasar en Italia para reformarla y asosegarla y apaciguarla*». 3) «*... por ver los Reinos y Estados y vasallos que tengo en ella*»⁷⁵

De dicha síntesis nació una presentación diversa y multiforme de los motivos del viaje a Italia y de la coronación imperial, acorde con todas las sensibilidades y tradiciones⁷⁶. Los italianos y el pontífice recibieron al Emperador y firmaron la paz con él como *cabeza* de la Monarquía Universal y guardián de la cristiandad⁷⁷, sin embargo en su discurso ante el Consejo de Castilla —tal como lo narra Santa Cruz— ponía como fundamento primordial de su partida la función religiosa y la erradicación de la herejía. A su hermana María, escribía por estas mismas fechas, asegurándole que lo que le obligaba a ir a Italia era, en primer lugar, la situación de Italia y, además, obtener la paz entre príncipes cristianos⁷⁸. Una carta, enviada por el mismo tiempo, a su embajador en Roma hacía hincapié en los mismos temas, si bien, introducía el problema turco⁷⁹; por el contrario, en una carta que escribía a sus amigos Gerard de Rey y Filiberto de Orange, ambos caballeros del Toisón y amigos personales de Carlos,

⁷³ La familia de los Alba siempre estuvo unida a Fernando el Católico. Sobre la relación de los duques de Alba y el surgimiento de la Casa en tiempos del Rey aragonés, HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., *Castilla y Nápoles en el siglo XVI. El virrey Pedro de Toledo*, Junta de Castilla y León, 1994, pp. 43-54.

⁷⁴ «Et me semble, monseigneur, a correction, que ne ferez mal de differer vostre embarquement iusques a ce que scachez, quelle fin prendra ladictte journee de Cambray, et a quel jour voz gensdarmes de pardeça et les lansquenetz seront prestz a marcher» [LANZ, K., *Korrespondenz der Kaisers Karl V.*, 3 vols., Frankfurt/Main, 1966 (1.ª ed., Leipzig, 1844-1846), I, p. 303, carta de Margarita a Carlos, fechada el 26 de mayo de 1529].

⁷⁵ SANTA CRUZ, II, pp. 455-457.

⁷⁶ YATES, F., «Charles Quint et l'idée de l'empire», JACQUOT, J. (coord.), *Les Fêtes de la Renaissance.*, II, *Fêtes et Cérémonies au temps de Charles Quint*, Paris, 1960, pp. 57-97. Hace un buen resumen de ello RADY, M., *Carlos V*, Madrid, 1991, pp. 95-97.

⁷⁷ Así se manifiesta en las numerosas representaciones pictóricas que se hicieron del acontecimiento, SERRANO MARQUÉS, M., «Las otras coronaciones. Representaciones de la Jornada de Bolonia en los palacios italianos», *La imagen triunfal del Emperador. La jornada de la coronación imperial de Carlos V en Bolonia y el friso del ayuntamiento de Tarazona*, Madrid, 2000, pp. 113-141.

⁷⁸ BAUER, W., y LACROIX, R. (eds.), *Die Korrespondenz Ferdinands I.*, Viena, 1937, II/1, pp. 296-298.

⁷⁹ *Letters and Papers (Spanish)*, III/2, p. 912.

les comunicaba que buscaba honor y reputación y que Italia le parecía el mejor sitio para conseguirlo⁸⁰.

A nuestro juicio, el viaje a Italia de 1529 y la coronación de Bolonia de 1530 van a permitir el desarrollo de una política imperial propiamente dicha. Una política fundida sobre diversas percepciones, resultado de los procesos de agregación de territorios y comunidades que confluían en la persona del Emperador y que sólo pudo ingeniarse después de la catarsis de 1527. Un año crucial, como recordara Guicciardini en su *Storia d'Italia*, y no sólo para los italianos, contándose entre sus efectos colaterales la pérdida de influencia flamenca y los principios erasmistas que la inspiraban.

Maquiavelo no vivió para ver este desenlace, sólo pudo calibrar con su buen amigo Guicciardini cuáles serían las graves consecuencias que tendrían los sucesos catastróficos de 1527, que consignó su amigo en 1535 al afirmar que la coronación de 1529 era el broche del final de una época, anunciada con el *Sacco*, y el comienzo de otra, basada en la «quietud» bajo la sombra creciente de la tutela española, y que, a su juicio, era el final «moral de Italia». Tal vez, pero tanto para Gattinara como para los consejeros españoles de Carlos V era todo lo contrario, sin Italia no había imperio y en ella se concentraba toda la fuerza «moral» que permitiría construirlo. En definitiva, si la batalla de Pavía hizo tomar conciencia a Carlos V de su primacía política en Europa, el *Sacco* de Roma le obligó a plantearse sus relaciones con el papado, el papel que debía desempeñar dentro de la cristiandad y la justificación ideológica de su Imperio⁸¹. Lo más interesante de este proceso es que en la elaboración de la paz de Madrid se minusvaloró y relegó el componente universal de la autoridad imperial y ello fue debido al esquema ideológico erasmista de sus fautores, el virrey Lannoy y los consejeros flamencos. Quizá la única persona que en el séquito imperial advirtió que la primacía política no podía consolidarse si, a su vez, no se planteaba la función universal del Emperador fue el Gran Canciller Gattinara, el cual vio los puntos débiles de la doctrina de paz desarrollada, augurando que se reanudaría la guerra, persistiendo el conflicto en tanto no se definiesen las esferas competentes a los poderes del Papado y del Imperio⁸². La habilidad de Gattinara consistió en llevar a buen puerto su idea de *Monarchia Universalis* utilizando el lenguaje humanista cristiano, pero con un propósito muy diferente al manifestado por Erasmo, dándole la vuelta como un guante para utilizarlo en aras de un *idearium* netamente gibelino al cual se adhería la tradición política española. A la postre, se elaboró una doctrina imperial, producto de la síntesis, abierta a diferentes lecturas, y útil en cuanto instrumento ideológico o propagandístico puesto al servicio de una práctica eminentemente patrimonial y dinástica.

⁸⁰ WEISS, C. (ed.), *Papiers d'État du Cardinal de Granvelle*, Paris, 1841, I, pp. 429-430.

⁸¹ Sobre el tema, BOSBACH, F., *Monarchia Universalis*, pp. 35-63.

⁸² *Vid.* documento autógrafo de Gattinara «Lo que Su Md. os ha mandado comunicar de las cosas de su Estado», año 1526, BRT, MSI, núm. 75, fols. 139-146, 149-151v.